



La educación emocional en el currículo

Leticia Romo Hernández

Centro de Investigación Educativa UATx

postmetal23@gmail.com

Área temática: Reforma curricular en el marco de las políticas globales.

Resumen

En este trabajo, de naturaleza teórica, se expone una propuesta sobre la importancia de examinar la posición de la educación emocional en el currículo en cuanto afecta la conducta de los docentes, alumnos y padres de familia, ya que el funcionamiento equilibrado del alumno y su avance académico depende en buena parte del manejo de sus emociones y de la introspección necesaria de sus estados de ánimo. Partimos de que la educación de las emociones no debe ser tratada y evaluada como asignaturas didácticas, puesto que son fenómenos psíquicos innatos del hombre que no están sujetos a una calificación numérica, ya que esta no manifiesta los sentimientos profundos de los educandos.

Palabras clave: emociones, psicología, antropología filosófica, currículo, evaluación.



La presente investigación surge por una inquietud personal al observar a estudiantes de un bachillerato con modalidad semiescolarizada ubicada en la ciudad de Apizaco, quienes llegan con situaciones diversas como el rezago, suspensión de otra institución, poco tiempo para dedicarse a estudiar, última oportunidad brindada por los familiares para continuar con su educación, entre otras. En dicha institución no se cuenta con un psicólogo u orientador educativo, lo cual impide que se le dé seguimiento a problemáticas que se pudieran presentar antes, durante y después de la permanencia de los estudiantes dentro de la institución.

La inquietud de dicha investigación surgió principalmente del cómo se podría orientar o ayudar a los estudiantes a tener manejo de sus emociones ante cualquier situación que se presente en su vida, el cómo pueden reorientar su propio camino y el proyecto de vida que tengan. El estudio de las emociones en nuestros días es muy recurrente; ahora, en la Nueva Escuela Mexicana se plantea que debe haber una educación socioemocional que permita el autoconocimiento y la convivencia, sin embargo, consideramos que sí debe existir esta propuesta pero que debe ir mucho más allá de lo cognitivo y evaluativo en el currículo.

Por ende, se considera importante que el educando sea guiado al interior de una cultura afectiva sostenida por diferentes elementos institucionales y sepa reconocer sus emociones, analizarse y situarse ante lo que sucede; que el aprender a aprender, el aprender a pensar y el aprender a sentir sean parte de la vida cotidiana del educando para comprenderse así mismo y al otro, y no para preocuparse por alguna actividad o evaluación que tenga que representarse mediante un número o un resultado negativo. La antropología filosófica podría ofrecer muchas orientaciones en este sentido.

En las últimas décadas en el ámbito de la educación se ha buscado la manera de que los estudiantes como actores principales del currículo logren un mejor desempeño a través de los objetivos y propósitos que se proponen en los planes de estudio, sin embargo, lo que preocupaba desde hace tiempo era la experiencia emocional con la que dichos actores ingresan, viven durante su estancia y egresan de las instituciones. Es importante mencionar que el estudio de las emociones es complejo y existe la necesidad de estudiarlas más allá de lo cognitivo y pasar a lo afectivo y a lo vivencial. Por ello partimos de una postura que se apoya en dos ideas principales, primera que las emociones no se tienen que evaluar y segunda que las emociones no se tienen

que enseñar como un contenido didáctico o educativo, es decir, su estudio tiene que ir más allá de lo cognitivo y de un contenido que tenga como resultado una evaluación.

Partimos primero de que las emociones no tienen que ser evaluadas porque son parte de la esencia del hombre y el tener que calificar o asignar un número a la respuesta que den los estudiantes a las preguntas del ¿cómo se sintieron durante esta actividad? ¿qué emoción despertó? y ¿qué los hizo sentir? No tiene sentido. Consideramos que este tipo de actividades no son suficientes para decir lo que realmente se aprendió de esa emoción o que el estudiante se hizo consciente de lo que tenga que vivir o sentir en un determinado momento.

Para poder sostener nuestra postura, consideramos pertinente mencionar desde qué campo se han implementado las estrategias y/o actividades que proponen que mediante estas se logre un mejor conocimiento de sí mismo y de las emociones que se viven durante el proceso enseñanza-aprendizaje. Nos referimos en este punto a la educación emocional la cual surgió como un proceso educativo que permanece y que busca potenciar el desarrollo emocional como complemento del desarrollo cognitivo (Bisquerra, 2000 como se citó en Vivas, 2003). Dicho complemento es fundamental para que el educando logre reconocer tanto las emociones y sentimientos propios como las de los demás. Pero ¿es suficiente dicho proceso para hacer introspección y reconocimiento de uno mismo? ¿a través de qué medios y factores hace posible este conocimiento la educación emocional?

La educación emocional está centrada en que el educando llegue a tener ese reconocimiento de sus emociones y las de los otros, pero ¿qué son las emociones desde esta perspectiva? Las emociones son un medio que puede facilitar la priorización de nuestra actividad ya que mediante la emoción se puede dirigir nuestra atención a diferentes estímulos, ya sean relevantes o no, o para la satisfacción de las necesidades más urgentes (Easterbrook, 1959; Salovey, 1990, como se citó en Sala 2002). Esas actividades urgentes surgen en diferentes situaciones y contextos, por lo que el contexto en el que se encuentra el educando es sumamente importante para entender la emoción.

¿Cuáles son los contextos que se consideran desde la educación emocional y cuál es su función? Desde la postura de Vivas, (2003), se encuentra el contexto familiar, donde las habilidades emocionales comienzan a través de la interacción con padres, hijos y hermanos; el



niño reconoce sus sentimientos ya sea de manera apropiada o equivocada y los padres enseñan a manejar e identificar sus emociones; se busca que los padres estén comprometidos con el manejo correcto de estas emociones, si resulta lo contrario, quien se ve afectado es el niño en etapas posteriores. El contexto comunitario, es en donde la sociedad muestra un serio problema de apatía, gobiernan los conflictos y la violencia, por ello, las relaciones interpersonales están en peligro y se busca que haya un trabajo comunitario para lograr que no se degraden las sociedades y pueda existir un mejor desarrollo tanto social como personal. En cuanto al contexto curricular, debe haber en el currículo competencias emocionales, ya que, los diseños curriculares han estado centrados en su mayoría en el conocimiento científico y técnico y no en el conocimiento de las personas. Se trata de que haya organizaciones escolares en donde el papel del maestro sea mayormente comprometido en la atención directa con el educando y no sólo tenga que evaluar las asignaturas; en este sentido, las emociones no son parte de una asignatura, por lo que no se tendrían que evaluar o considerar parte del currículo como asignatura, sino comprender que son parte del hombre.

Dichos contextos como la familia, la escuela y la comunidad son importantes porque sin ellos no sería posible el reconocimiento de las emociones que se necesita mejorar en el ámbito educativo. Por tanto, es una labor en conjunto que permite un bienestar común y el reconocimiento del otro. Difícilmente se alcanzan estas metas en la educación, es por ello por lo que muchas veces quedan vacíos cuando hay una problemática en relación a la violencia, rezago y deserción escolar, entre otras. El papel que juega cada uno de los actores en los diferentes contextos o quienes tienen a su cargo a muchos niños o adolescentes, deben cumplir de igual manera con un reconocimiento de sí mismos, de sus emociones y de saber guiar a quienes se encuentran en sus manos.

Reconocemos que a través de la educación emocional podemos encontrar diversas actividades que nos ayuden a regular y conocer nuestras emociones, sin embargo, el entender que forma parte de una calificación o evaluación afecta por completo a sus actores. Recordemos que la evaluación es retomada como un proceso que, partiendo de unos criterios de valor dados, pretende la obtención de la información necesaria que nos permita emitir, juicios de valor y tomar las decisiones oportunas (Lavilla, 2011). De este modo, se afecta principalmente a dichos actores del currículo porque en vez de entender sus procesos emocionales como parte de su

naturaleza, comienzan a entender que pueden ser identificadas de otra manera pero con una evaluación de fondo que podría llevarlos a no desenvolverse en su totalidad durante las actividades que se proponen, por tal razón, desde nuestra perspectiva es una limitante porque busca “comprobar de modo sistemático en qué medida se han logrado los resultados previstos en los objetivos que se especificaron con anterioridad en el programa o plan de estudios” (Hernández, 1989, como se citó en Lavilla 2011).

Ahora bien, ¿cómo tendríamos que entender las emociones que se presentan en el proceso enseñanza-aprendizaje si no se quieren ver como parte de un proceso de evaluación y también que no son parte de un contenido didáctico? ¿este proceso de introspección sólo tendría que ser por parte de los estudiantes o también docentes y familiares? ¿desde que disciplina tendrían que guiarse a los estudiantes a reconocer sus emociones sin el límite de tener que evaluarlas? Estas interrogantes surgen principalmente para guiar la propuesta que encabeza nuestra inquietud. Partimos de la idea de que el hombre, a diferencia de otros seres vivos necesita de la compañía de otro hombre para poder formarse, para ello, el niño tiene que pasar por dos gestaciones importantes: la primera el útero materno de acuerdo a determinismos biológicos y la segunda en la matriz social en la que se cría y se somete a muchas determinaciones simbólicas (Savater, 1997). Nos interesa la segunda matriz puesto que en ella el niño aprende y aprehende diversos conocimientos que le permiten crecer para él y con los otros, esto es lo que le permite estar en constante construcción y proyección. Hasta aquí se está hablando de la importancia de una cultura para que el hombre pueda coexistir y convivir, en otras palabras, se vislumbra la función que tiene la antropología como disciplina, la cual permite todo el estudio dentro de las diferentes culturas y el comportamiento del hombre en ellas.

Traer a la antropología a nuestro planteamiento es porque justamente en ella vemos la importancia de crecer en una cultura y las diferentes instituciones que educan al individuo, desde la familia, la religión, la escuela y la sociedad; en dichas instituciones se enseña de manera directa e indirecta el trato de las emociones; por ejemplo, en la familia muchas veces nos dicen no llores porque pasa esto, no te rías en tales momentos; en cualquier circunstancia que tenga que vivir dentro de alguna institución el individuo comprende que sus emociones tienen que vivirse de algún modo, pero no espera a que sean evaluadas si no que tengan que vivirse de acuerdo al momento en el que se sitúa; por ello, las emociones desde la postura antropológica se entienden como estados no absolutos o procesos que sólo son fisiológicos, se entiende que son relaciones



que se dan con el otro y a partir de ahí se forja una cultura afectiva que cada sujeto vive a su manera (Breton, 1999).

La antropología filosófica es parte de la inquietud cuando nos referimos a que el estudio de las emociones tiene que ir más allá de lo cognitivo; sabemos que no se puede desprender de eso y que tampoco se puede eliminar la parte psicológica o en concreto la educación emocional, ya que ha tenido una gran participación en cuanto a los procesos del individuo. Sin embargo, desde la antropología se debe rescatar el aspecto afectivo que se da en la cultura y las diferentes instituciones, además del poder regresar a preguntas que se plantean desde el surgimiento de esta disciplina ¿quién soy?, ¿qué hago aquí y cuál es mi propósito? Al igual que desde la filosofía se hace este tipo de interrogantes y permite el reconocimiento de las emociones al hacer consciencia de ellas puesto que se viven día con día, pero que no hay momento concreto en el currículo en que deban ser evaluadas. Otra perspectiva desde la filosofía es la mirada existencialista en donde el hombre al ser arrojado al mundo debe preguntarse por su relación con el otro, su existencia, quién es y a hacia donde va.

La propuesta va en camino a lograr que tanto familiares, maestros y alumnos tengan un propio reconocimiento de sus emociones y las de los otros, más no que tengan que educarlas en sentido formal, esto pudiese estar propuesto en el currículo como parte implícita de cada asignatura y contenidos, pero no como contenidos en sí mismos. Se busca que el niño pueda preguntarse desde lo más profundo de su ser y que todo aquello que nos ha quitado la escuela que es el *arte de pensar*, sea traído nuevamente no como algo que me tengan que evaluar y enseñar, si no, que sea devuelto lo que se ha arrebatado. El único medio que consideramos nos permitirá lograr la propuesta es la escuela, en donde se concentra la mayor parte del tiempo tanto de alumnos como de maestros y familiares. En palabras de Sartre, se enuncia al ser humano como el ser-ahí, el ser-en el mundo, el ser-con- el otro, ser-para-sí (Sartre, 1998). Esto denota que el hombre tiene consciencia de sí mismo y del otro. ¿De qué manera se relaciona esto con lo educativo y las emociones? El principio básico es el cuestionarse por uno mismo, la introspección llevada al pensamiento y el reconocimiento, el preguntarse cómo se siente el educando al hacer interrogantes de tipo filosófico. El principio básico es eso y no otra cosa más que la búsqueda de nuestro propio ser.



Finalmente, se cuestiona si existe algún método, proceso o medio el cual pueda ser propuesto para que en el currículo tenga presencia la educación emocional. Cabe mencionar que la primera inquietud que se tuvo sobre las emociones nos condujo a buscar nuevas propuestas. La investigación sobre las emociones se desató con mayor frecuencia después de la pandemia. Sin embargo, estas investigaciones parten de un enfoque psicológico y educativo teórico, por ello, la preocupación se encamina a que los principios de la antropología filosófica orienten la educación emocional dentro del currículo como se mencionó anteriormente.



Bibliografía

Breton, D-L. (1999). Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones. *Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.*

Lavilla, L. (2011). La evaluación. *Pedagogía magna. Vol. 11. 1(303), 1-6.*

Sala, J. & Abarca, M. (2002). La educación emocional en el currículum. *Universidad de Salamanca. 2(210),2-22*

Sartre, J-Paul. (1998). El ser y la nada. *Ed. Losada. Buenos aires.*

Savater, F. (1997). El valor de educar. *Ed. Ariel. Barcelona.*

Vivas, M. (2003). La educación emocional: conceptos fundamentales. *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación, vol. 4, núm. 2.*